



PIÑATA LITERARIA



Se ha publicado en pleno Carnaval un libro curiosísimo, del cual quiero hablar hoy, domingo de Piñata, antes de que nos encontremos en plena Cuaresma y ya no sea ocasión de sacar á relucir caretas y disfraces.

En ese libro se nos presenta vestido de máscara y diciendo el tra-

dicional ¿me conoces? nada menos que el ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, personaje mucho más zarandeado después de muerto que antes de "dar su espíritu".

Tras de haber puesto Carulla la *Biblia* en verso, no nos puede sorprender nada; pero, vamos, convengan ustedes en que tampoco es una friolera poner en verso el *Quijote*.

¿Que la forma poética está llamada á desaparecer?

Pues antes de que desaparezca, versifiquémoslo todo, y deje mi querido amigo el Sr. Ruiz Martínez (á cuya ingeniosa carta del otro día me complazco en poner el V.º B.º, aunque ciertamente no lo necesite), que digan cuanto quieran los que hablan por no callar.

Cervantes, en la nueva transformación de su héroe y su libro, ha tenido más fortuna que los autores de la *Biblia* (Moisés y Compañía en comandita).

El Espíritu Santo, á quien los modernos exégetas y hebraístas ya han discutido mucho como inspirador de los setenta intérpretes griegos y de los traductores de la *Vulgata*, no ha querido, por lo visto, que se le discutiera más, y no ha inspirado poco ni mucho al versificador español de los Sagrados Libros.

El espíritu de Cervantes se ha mostrado

algo más bondadoso con el autor del *Romancero del Quijote*. No es mal *medium* el Sr. D. Maximino Carrillo de Albornoz, y en verdad que ha salido de su empresa bastante más airoso que Carulla de la *sulla* (como quizás "poetizará", el propio versificador de la *Biblia*).

Los doscientos noventa y dos romances de que consta obra de tanta dificultad y paciencia, están hechos muy discretamente; pero ¡ay! ¿qué es la discreción al lado del genio?

Lo que la honrada olla de algo más vaca que carnero, junto á la ambrosía y el néctar de los dioses.

El Sr. Carrillo de Albornoz dice:

Nosotros al edificio
que un gran genio levantó
añadimos el adorno
de la versificación.
Si al hacerlo no llenamos
los deseos del lector,
téngase al menos presente
que fué la sana intención.

Sí se tiene, sí se tiene; y en la parte que me alcanza como lector (¡como lector nada más!), tengo mucho gusto en poner al margen de esa solicitud un cariñoso *Como se pide*.

Pero —¡odiosa conjunción!— aun recono

ciendo que la intención del Sr. Carrillo es excelente, y que en eso de

el adorno
de la versificación

está á varios Cánovas de altura sobre el nivel de Carulla, quisiera yo que me dijese qué idea formaría de un pintor que fuera al Museo y sacara una honesta y correcta copia del "Cuadro de las Lanzas", sin más diferencia, respecto del original, que poner unas borlas muy bonitas en las picas de los soldados, y unos riquísimos jubones en lugar de los coletos llevados y traídos, y unas caras de efebo ateniense ó pajecillo florentino, en vez de los recios y toscos semblantes de los tudescos, y unas melenas muy lustrosas y rizadas á los españoles,

todo muy bonito,
muy arregladito,
muy apañadito.

La intención sería excelente. La ejecución, irreprochable. Del efecto... juzgue el Sr. Carrillo de Albornoz.

¡Y lo que habrá sudado el poeta para ir sacando un romance tras otro romancé de un capítulo tras otro capítulo!

¡Si hay parajes en donde se atascaría el carro del mismísimo Apolo!

- Versifique usted, por ejemplo, el escrutinio de los libros que hacen el cura y el barbero.

Carulla se habría atrevido, de seguro; pero Carrillo de Albornoz (quien, como ya digo, es persona razonable y discretísima, fuera de su empeño) se rinde ante tamaña imposibilidad, y confesándola, se contenta con decir:

—¿Jayanes? pregunta el cura;
¿jayanes hay de por medio?
Está visto; esos librotos
le han sorbido todo el seso.
Es preciso hacer mañana
un auto de fe con ellos.
En efecto, al otro día
entre el cura y el barbero
se hizo de ellos escrutinio,
y, á excepción de algunos buenos
que se hallaron, casi todos
pasto de las llamas fueron.

El Sr. Carrillo de Albornoz manifiesta más temor á los críticos y censores que Sancho en la jamás vista ni oída aventura del capítulo XX, y hace mal, porque todo el ruido de censores y críticos no es sino ruido de batanes.

Con lo que no contaba el autor del *Romancero* quijotil es con que el censor más

severo y crítico más duro que ha de encontrar, es el que escribió estas líneas:

"Y el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: Aquí quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sé si



ien cortada ó mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que á ti lleguen les puedes advertir,

y decirles en el mejor modo que pudieses:

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir.,,

Amparados de ese texto inmortal, los integristas del cervantismo (porque también

esta religión tiene sus fanáticos é intransigentes) acogerán la publicación del *Romancero*, gritando:

—¡Escándalo! ¡Abominación! ¡Profanación!

No; yo no me escandalizo.

Ni tampoco me escandalizaré, viviendo como vivo en el país de los colmos, si sale por ahí cualquier sujeto poniendo en prosa el *Romancero* del Sr. Carrillo de Albornoz.

¡Todo, todo se andará!

Así como ahora nos da por versificarlo todo (*interin* desaparece la forma poética), la moda subsiguiente consistirá en "verter," á la prosa obras de los grandes poetas.

Así veremos *La Araucana* de Ercilla puesta en estilo de expediente administrativo, y *El Bernardo* de Valbuena al modo de las novelas de Ortega y Frías, ó á la manera de las informaciones profesionales.

No quiero que nadie me gane por la mano, y antes de que otro lo haga, allá va la famosa cuarteta

Tus labios son un rubí,
partido por gala en dos,
arrancado para ti
de la corona de Dios,

puesta en prosa corriente y moliente, con

todo el aparato que requiere su interesante argumento:

Las membranas mucosas que cubren cada uno de los velos carnosos y movibles que cierran y abren la entrada de tu boca, son una sola piedra transparente, coloreada por el ácido crómico, cristalizada en romboedros agudos, dividida para mayor "chic," en dos fragmentos, y eliminada, para tu uso particular, del "remontoir," del Gran Arquitecto del Universo.

Febrero de 1890.



EUROPA BAILA

Chacun prend son bien où il le trouve; y yo, encontrando en La Époque lo que me hace falta, lo tomo de sus columnas, dejándole el mismo título que La Époque le ha puesto.

Europa baila, según el diario conservador; y al decir Europa, no hay que entender por tal la masa de pueblos y naciones que han tomado por nombre común el de aquella *Fragosa* mitológica á quien no pudo vencer Júpiter sino disfrazándose de toro.

Para un buen monárquico no hay más Europa que la del *Almanaque de Gotha*, ni más europeos dignos de este nombre que los que rigen á los pueblos por la gracia de Dios y los que, con más ó menos bordados, más ó menos galones y más ó menos llaves, están al lado de los monarcas.

Por eso, cuando *La Época* dice que "Europa baila," se sobrentiende que los que bailan son los emperadores, reyes, príncipes y demás gente... extraordinaria.

Por mí... ¡que bailen!

Y no se me diga que éste es un grito subversivo, como lo fué en pasados tiempos de turbulencia y desorden; porque ahora resulta que la consigna de bailar parte de las mismas testas coronadas, y que su lema es el estribillo de los célebres *couplets* de *La Vida Parisiense*:

Dansez, dansez,
tournez, tournez...

El rey David, gran cultivador de la co-

reografía monárquica y religiosa, verá con gran agrado desde el otro mundo cuán brillantemente siguen su ejemplo los unguidos del Señor.

El padre Claret sentirá, en cambio, profundo disgusto ante el poco caso que aquí abajo se hace de sus predicaciones; pero consuélense sus manes, que si Europa baila, la corte de Madrid permanece quieta.

¿De qué la sirve ser la corte de los danzantes por excelencia?

La Época no busca explicaciones al contraste que forma la desanimación advertida en Madrid durante el pasado Carnaval con la serie de lucidas fiestas celebradas en las demás cortes de Europa. Se contenta (si puede haber contento en cosa tan desagradable) con registrar el hecho y lamentarlo.

No se crea por eso que las lamentaciones de *La Época* son baldías y estériles.

Antes bien, tienen muy buena punta; tanto, que es toda una punta... de París.

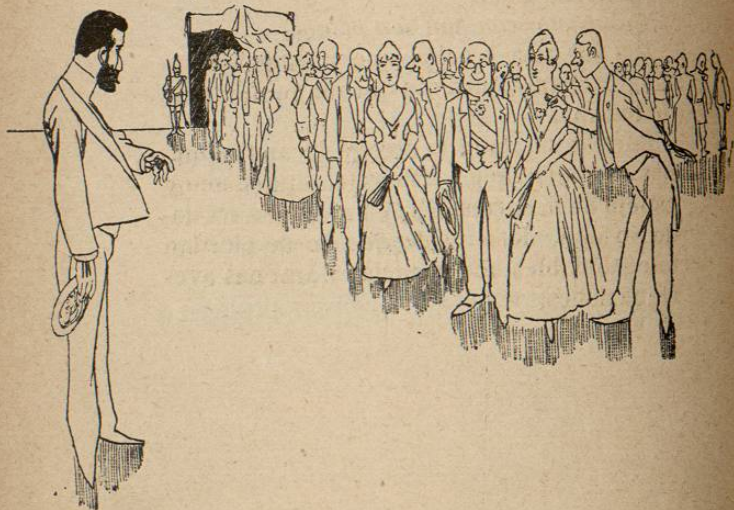
París—dice el diario cortesano—ha seguido el ejemplo de las demás capitales, y no obstante ser la capital de una República, el jefe del Estado, M. Carnot, ha abierto de par en par las puertas de su palacio del Elíseo, organizando en sus salones magníficas fiestas.

Aquí, en punto á Elíseo, hemos de contentarnos con el Elíseo Madrileño, en donde

hay cocinera que entra en el salón llenos los guantes de carbón,

porque la pobre no tiene, para renovarlos, una espléndida y cuantiosa lista civil.

“Hace bien M. Carnot (añade *La Época*). Las fiestas oficiales de gran boato y á las que asiste numerosísima concurrencia, no sólo sirven para que los altos poderes aparezcan á los ojos de la nación rodeados por la brillante aureola que á sus prestigios cumple, sino también, y acaso muy principalmente, para que no se paralice la vida importante de la industria y el comercio de lujo, cuya existencia há menester de tan influyente concurso.”



¿Qué tal? ¿Tienen desperdicio las lamentaciones de *La Época*?

Ignoro qué opinará la corte de esos trenos de Jeremías con música de Strauss; pero nadie me negará que es imposible soltarla un *¡que baile!* con mayor delicadeza.

¡La indisciplina cunde!

Puesto el diario canovista á manifestar su insubordinación, la acentúa con nuevos ejemplos, y va á buscarlos, no ya á París, sino á Viena.

“En Viena—escribe—hace muchos años que no se conocía Carnaval más alegre que el último. El mismo Emperador, á quien aparta del bullicio mundano la muerte del archiduque Rodolfo, es el primer interesado en que su corte ofrezca el aspecto más animado posible.”

Por lo visto, el lema del emperador Paco Pepe viene á ser:

Los duelos con pan son menos.

He ahí una lección que ninguna corte debe rechazar, y menos que ninguna otra la de España.

Por eso sin duda la recoge en sus columnas el diario que es flor del dinastismo y espejo de la cortesanía, y por eso la traslado yo aquí, deseoso de que no se pierdan tan saludables advertencias y amenas averiguaciones.

No podían presumir De Maistre, Donoso Cortés ni Aparisi y Guijarro que los cetros habían de venir á parar en tal condición, que para rodearse de *la brillante aureola que á sus prestigios cumple*, tendrían que convertirse en batutas.

¡Y en batutas á lo Arche!

Si hubo un tiempo en que se llamó á los reyes conductores de pueblos, ahora se satisfacen con ser conductores de cotillones.

Así es que cuando ni siquiera dirigen un cotillón, ¿para qué sirven?

Hay que evitar á los dinásticos fieles y leales todo pretexto para hacer hincapié en esa pregunta; y si por hallarnos en Cuaresma, no estamos (no están, quiero decir) para organizar *sauteries* oficiales como las de Viena, San Petersburgo, Berlín, París, etcétera, es de esperar que más adelante se baile en Madrid.

Y se bailará de fijo, aunque no puede asegurarse

si será por la Pascua
ó por la Trinidad.

No hay que dar ocasión á los cortesanos de hogaño para que, andando el tiempo,

canten, como la abuelita de la canción de Beranger:

Combien je regrette
mon bras si dodu,
ma jambe bien faite,
et mon temps perdu!

Fuerza es, pues, aprovechar el tiempo, desnudar los brazos bien torneados, y lucir las buenas pantorrillas.

El concierto europeo no ofrece en sus programas, hoy por hoy, más que música de baile, y ¡hasta en esto permanece España fuera del concierto europeo!

Se dirá que la Europa monárquica baila sobre un volcán; pero ¿qué importa?

A esto contestarán los monarcas económicos:

Así nos ahorramos los gastos de calefacción.

Febrero de 1890.



MOROS EN LA COSTA

QUE vienen! ¡Que vienen!

No sé si por las ventas de Alcorcón (¡Alcorcón! ¡nombre moruno!) ó por las ventas de Cárdenas; pero ello es que vienen.

Habíamos quedado en que la Media Luna iba desapareciendo "lenta, pero continuamente," del culto redondel europeo.

Habíamos quedado igualmente en que nuestra política

